

# REVISTA MODERNA

## ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.



(Traducido libremente de Edgard A. Poe.)

Á MI AMIGO PEDRO SANTACILIA.

Reina la media noche: calma fúnebre  
 Se tiende en pos del recio temporal:  
 Cansado al fin de recorrer volúmenes  
 De mi estancia en la triste soledad,  
 Al sueño me rendía, cuando súbito  
 Un sonido me viene á despertar.  
 "Alguien está llamando en el vestibulo:  
 ¡Importuna visita!" exclamo, "¡bah!  
 Será algún necio, amigo de farándulas,  
 Un necio y nada más!"



Pasado ya el turbión, en ayes lúgubres  
 De lejos se oye al viento suspirar:  
 Sobre el tapiz imágenes fantásticas  
 Arroja la luz trémula del gas:  
 Vanamente en los libros un narcótico  
 A mi acerbo dolor pensé encontrar,  
 Que hasta mi sueño acibaró la pérdida  
 De esa adorada, angélica beldad,  
 Que al cielo para siempre huyó, dejándome  
 Tormento y nada más.

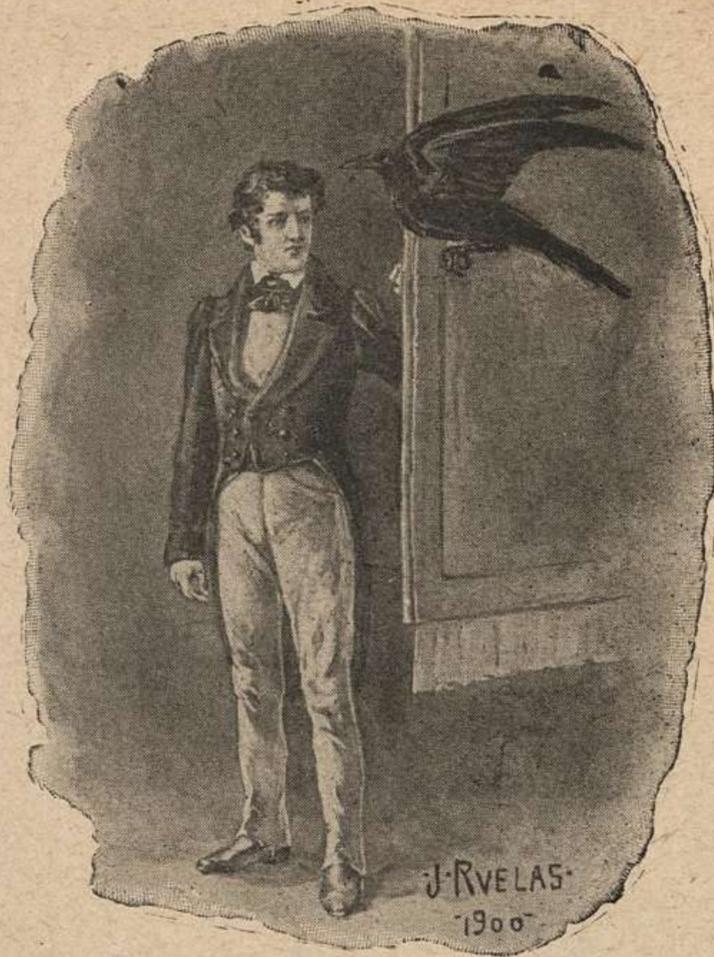
Meditando seguí: el rumor del céfiro  
 Las cortinas de seda al agitar  
 Me hacía estremecer, y un terror pánico  
 Teníame clavado en mi sitial,  
 Repitiendo con aire incierto, estúpido,  
 Sin dominar por ello mi ansiedad,  
 Sin dar yo mismo á mis palabras crédito:  
 "Es alguien que me viene á visitar  
 Y tocó suavemente en el vestibulo:  
 Eso es, eso es no más."

De repente sentí llenarme de ánimo,  
 Y esforzando el acento más y más,  
 "Caballero, ó señora," grité impávido,  
 "Allá voy: usted ha de dispensar:  
 Es el caso que estaba ya durmiéndome  
 Cuando de su venida la señal  
 Confusa y débil resonó en mi tímpano:  
 Fué tan suave, que usted comprenderá....  
 Allá voy," y la puerta abrí con ímpetu....  
 ¡Tinieblas, nada más!

Largo tiempo miré el espacio lóbrego,  
 Receloso, temblando al comenzar,  
 Absorto al fin en sueño atrevidísimo  
 Cual nunca lo soñara otro mortal.  
 Reinaba hondo silencio por los ámbitos  
 Del universo, en calma sepulcral:  
 Sólo mi voz lo interrumpió, ¡Felicitas!  
 Gritando en la vacía inmensidad,  
 Do un eco flébil repitió ¡Felicitas!  
 Un eco y nada más.

A mi estancia volví cual ciego autómeta  
 Con sólo un movimiento maquinal,  
 Y al punto á sonar vuelve toque ríspido  
 Que su origen trazó con claridad.  
 "¡Vaya, vaya!" exclamé, "no en el vestibulo,  
 Por la ventana alguno quiere entrar.  
 Veamos, que no tocan los espíritus  
 De ese modo: el misterio penetrar  
 Es preciso; de espantos ya dejémonos;  
 Será el viento no más."

En esto á la ventana llego rápido  
 Y de golpe la abrí de par en par.  
 A poco revolando entró en mi cámara  
 Negro cuervo de aspecto funeral,  
 Y sin más ceremonia ni preámbulo  
 Que un vuelo silencioso, circular,  
 Sobre un busto de Palas, grave, tétrico,  
 Paróse en filosófico ademán:  
 Posado allí quedó con aire estólido,  
 Posado y nada más.



Tan serio continente en aquel pájaro  
 Parecióme fingida gravedad,  
 Y su actitud á risa provocándome,  
 Así con desenfado empecé á hablar:  
 "Por tu calva y tu gusto mitológico  
 Te reconozco al fin, ave infernal:  
 Cuervo más viejo que Saturno, prófugo  
 Del reino de la Noche, dime ya  
 Cuál es tu nombre en la región plutónica.  
 Y él respondió: "Jamás."

A tan clara respuesta quedé atónito,  
 De un cuervo no pudiéndola esperar,  
 Si bien al pronto parecióme bárbara,  
 Sin sentido, ó sin mucha urbanidad;  
 Pues en verdad no pudo figurárseme  
 Que un adverbio de tiempo y nada más  
 Bastara á contestarme, ó que el ridículo  
 Avechicho que hiciera pedestal  
 Del sacro busto de una diosa olímpica,  
 Se nombrara *Jamás*.

En tanto el cuervo, taciturno, tétrico,  
 Quedó sin otro acento articular,  
 Cual si el que lo animaba negro espíritu  
 En un vocablo comprendiera ya.  
 Ni un movimiento en su plumaje de ébano,  
 Ni un rumor descubría al animal;  
 Hasta que dije con acento lánguido:  
 "Lo haré mi amigo y pronto volará;  
 Me dejará cual me dejaron pérfidos...."  
 El prorrumpió: "Jamás."

Asustado al oír tan pronta réplica,  
 Que ya no pareció casualidad,  
 "Tal vez (dije) la ciencia de este pájaro  
 Tiene esa voz por único caudal,  
 Y la aprendió de un loco, ó de una víctima  
 Del infortunio. . . . ¡Miseró! trovar  
 Quizá no pudo su canción monótona  
 Sin esa muletilla, y por final  
 De cada estrofa recalcó fatídico  
 Ese *jamás, jamás.*



Así pensé, y el misterioso cáraño  
 Volvió mi fantasía á recrear,  
 Y á contemplar me puse busto y pájaro,  
 Tendido muellemente en un diván,  
 Imaginando en posición tan cómoda  
 Cuanto pudo la mente cavilar,  
 Sin penetrar en el sentido místico  
 (Ni siquiera entendí el gramatical)  
 Que daba á su graznido el ave exótica  
 Al repetir: *jamás.*

En medio aquel delirio, ni una sílaba  
 Dejaba yo á mis labios escapar;  
 Miraba al cuervo, y su mirar flamígero  
 Convertía mi mente en un volcán.  
 Débil, exhausto, mi cabeza lánguida  
 Reclinaba en la pluma del sofá,  
 Y á su contacto mi cerebro mórbido  
 Evocaba una imagen celestial.—  
 En vano; ya el diván su forma angélica  
 No ha de oprimir jamás.

Mas al punto un aroma preciosísimo  
De incienso comenzóme á circundar,  
Y el eco me arrulló de blanda música  
Que ahuyentaba del seno todo afán.  
“¡Desdichado!” clamé: “el Señor benéfico  
Te envía con sus ángeles la paz:  
Apura, apura el delicioso bálsamo,  
Y cese tan continuo lamentar;  
Olvida para siempre á tu Felicitas....”  
Gritó el cuervo: “Jamás.”

“¡Profeta de dolor, inmundo oráculo,  
Ministro aterrador de Satanás,  
Ora te envíe Belcebú del Tártaro  
Y te arojara aquí la tempestad  
Para engañarme con falaz pronóstico,  
O el destino infalible revelar,  
Dime, exclamé; por compasión á un misero,  
Responde: ¿tendrá término mi mal?  
Yo te conjuro por tu Dios, respóndeme.”  
Y el contestó: “Jamás.”



“Profeta de dolor, inmundo oráculo,  
Ministro aterrador de Satanás,  
Por ese cielo de esplendor magnífico,  
Por su Dios, que obedecen tierra y mar,  
Dime si de la tumba tras el límite,  
En la región de inmensa claridad,  
Al fin he de encontrar á mi Felicitas  
Y, absorto en su belleza virginal,  
A par de los querubes darle un ósculo....  
El respondió: “Jamás.”

“¡Esta sea,” grité, “la prenda única  
De nuestra despedida, ave infernal!  
Húndete pronto en el profundo báratro,  
Tumbos dando al furor del huracán.  
No dejes ni una pluma que en mi cámara  
Me recuerde tu horóscopo fatal:  
Vuela ya de ese busto y del vestibulo;  
Suelta, suelta; tu garra pertinaz  
Mi alma rompe: retírate, retírate....”  
Y él contesto: “Jamás.”

Y desde aquella noche, el cuervo lóbrego  
Posado allí, clavado siempre está  
Sobre ese busto de la diosa pálido,  
Que le sirve de eterno pedestal.  
Fiero demonio vigilando al réprobo,  
No aparta de mí un punto su mirar.  
Larga sombra arrojando, negra, fúnebre,  
Do muere el sol y el luminoso gas....  
¡Ay! de esta sombra que enlutó mi espíritu,  
¿No he de salir?—¡Jamás!

IGNACIO MARISCAL.

Wáshington, Marzo 30 de 1867.

## LA PRIMERA LAGRIMA.

Aunque el alma se le partiera y á sí misma quisiera engañarse aún, no era posible ya. Durante semanas, durante días inmensamente largos y dolorosamente angustiosos, se había aferrado á la esperanza. No, no quería soltar su ilusión. Su Luis vendría, volvería arrepentido para amarla y recomenzar esa vida ligera y alegre, sin penas ni cuidados que durante seis años les había regocijado.

Pero no; las semanas y los días habían pasado; sus ojos no lloraban ya y sólo se fijaban en la puerta que permanecía siempre entreabierta. Cuántas veces se había vuelto con violencia creyendo oírla crujir! Cuántas veces sus oídos la habían engañado, diciéndola: «Juana, estás ahí?» y qué ansia y desolación al ver la puerta entrecerrada como antes, sin que ninguna mano la abriera por completo.

Pero, por qué, Señor, por qué la había abandonado? Ella era sumisa y cariñosa, ciega á sus caprichos y tolerante á sus humores. ¿Qué mujer se lo había arrebatado, quién lo había cambiado en tan poco tiempo, unos seis meses apenas, tornándolo en cruel é injusto? Quién se lo había arrebatado, cegándolo, envenenándole el corazón, atrofiándolo y dándole así valor para dejarla ahí sola, sin despedida y sin recursos?

Las lágrimas se le venían á los ojos, al recordar el día en que partió. Una nada, una ligera falta en su ropa habían hecho estallar su rabia y su impaciencia. Los deseos de ruptura que ella creía notar, se manifestaron claros. No quiso oír ni decir

nada, salió dando un gran portazo y desde entonces nada había vuelto á saber de él.

Recordaba las primeras noches y los primeros días, cuando su amor se resistía á ese abandono é imaginaba desgracias que sin embargo eran consoladoras: un accidente, una riña, una caída; y lo buscó en las oficinas de policía y en los hospitales, y anduvo, anduvo calles y calles, con la mirada alerta, el corazón latiente, creyendo verlo á cada momento, y cada momento recibiendo una nueva desilusión....

Una risa sana, alegre, juvenil, la sacó de las negruras de su tristeza; una risa inocente de quien nada amargo siente ni sospecha aún, y esa risa le hizo más daño aún.

Margot, fruto del primer año de sus amores con Luis y á quien éste parecía adorar, aunque ni una mirada le dirigiera al partir, Margot reía á carcajadas al ver que el gato se desesperaba por no poder atrapar un ratón de hoja de lata que ella hábilmente le pasaba por las narices. Margot, adorable con sus largos rizos negros y su blanco pechito que la suelta camisa dejaba ver. «Mamá, mamá,» gritaba desde la cama donde estaba arrodillada: «mira á Pistache qué tonto, no lo puede coger.»

La alegría bulliciosa de la niña le hacía daño: á su cabeza vino no ya la idea del abandono, sino la del problema del día. Los escasísimos recursos dejados por el ingrato, se habían agotado. Todas las prendas disponibles habían ido al empeño, las deu-

das habían comenzado y para huir de la insolencia del carnicero, determinó salir en busca de algo. ¿De qué? Ella misma no lo sabía.

Vistió á la niña que charlaba incesantemente, contando mil graciosísimos disparates y preguntando por su papá, quien le hacía mucha falta, porque le había ofrecido comprarle una muñeca, á quien pondría Margot, como ella, y á quien pasearía en carretela y arrullaría y dormiría.

La exposición de sus proyectos la acompañaba de ademanes, cantos y gestos que más y más enfriaban el alma de la madre.

Cuando hubo concluido de vestirla, la hizo arrojarse ante una imagen de la virgen de los Dolores. La niña oró por su madre y por su padre ausente; al terminar, la madre le dijo: «pide que papá vuelva pronto. . . . que su viaje no sea largo—añadió para tranquilizarla—y que no nos olvide.»

«Cómo nos ha de olvidar—dijo al levantarse—verás qué muñeca más grande me trae, grande, grande como la de la niña de arriba.»

Salieron, y la marcha pesada, larga, sin objeto, comenzó. Caminaban al azar, sin rumbo; ella, buscando con la mirada inquieta; la niña hablando sin cesar, riendo de todo, observándolo todo y comentándolo á su manera. Veía los carruajes que pasaban con niñas lujosamente ataviadas y se soñaba una de esas escogidas de la fortuna é imitaba sus ademanes y elogiaba sus ropas.

Había en esa cabecita todo un enjambre de sueños de opulencia; aunque su carácter fuera bastante sencillo, la atraían sin embargo los brillos de las plumas y de las sedas, los níqueles de los arneses, los colores llamativos de los pájaros prendidos en los sombreros. En los escaparates de las modistas se regocijaba más que en los de las jugueterías; pero su encanto y su delicia más grande eran los niños bien vestidos.

Cuando á su lado pasaba un cochecito lleno de encajes, de entre los que asomaba una cabecita rosada, no podía menos de extasiarse y mirar absorta con expresión de infinita ternura: Mira, mamá, mira qué hermoso rorro. ¿No quisieras tener uno así? Yo sí, yo sí, y sus ojitos querían agrandarse para ver más, permaneciendo fijos en el cochecito de encajes, hasta que desaparecía como un bello sueño.

En la alameda se sentaron un rato. La frescura, el piar de los pájaros, las risas juguetonas, el ir y venir de las niñeras y los estudiantes, algo tranquilizaron el angustiado espíritu de la madre. De cuando en cuando, como ráfaga negra, venía el pensamiento del mañana, en los días venideros, solitarios y sin pan. En su bolsa llevaba seis pesos, toda su fortuna, y de ellos debía pagar cuatro. ¿Qué hacer? ¿á quién dirigirse? ¡oh! y esa niña inconsciente que soñaba despierta y arrullaba en su mente niños ricamente vestidos, sin saber que dos días más tarde

no tendría, tal vez, qué comer! Si no fuera por ella, sin el pequeño sér á quien adoraba, que le consolaba en sus aflicciones y adormecía las penas con sus fantasías. ¿Quién sabe? Quizás el eterno reposo le volviera la calma.

Las horas sonaban, se repetían de distancia en distancia, sin que un pensamiento, sin que una idea salvadora se le ocurriera. Buscarlo, ir en pos del ingrato, decirle que su hija lo llamaba: ¿pero dónde encontrarlo? Lo había ya buscado tanto inútilmente.

Y de nuevo volvieron á errar, como la niña se cansaba era preciso detenerse á cada momento, y para ello escogían los escaparates donde la verba de la pequeñuela crecía distraendo á la madre. La chiquilla aquella era de una fantasía enloquecedora, todo lo multiplicaba y á todo le daba vida.

En una de tantas paradas, quisieron el malo y el buen destino—pues ambos se concertaron en esa ocasión—que se detuvieran ante una hermosa muñeca rubia, vestida de azul y con un sombrero lleno de chillantes plumas, como á la niña le gustaban. Esta quedó inmóvil plantada ahí, como si una fuerza superior la retuviera. Sus ojos no se apartaron más de aquella graciosa figura de cartón hasta el momento en que, ¡oh desgracia! la brusca mano de un dependiente tomó el muñeco llevándose-lo. Ella, sin embargo, no se movió, quedó como consternada, como si hubiera perdido algo y luego, al poco rato, cuando una niña lujosamente vestida salió de la tienda con la muñeca en brazos, una lágrima larga y amarga, quizás la primera amarga de su vida, rodó de los ojos infantiles; una lágrima que fué como un puñal en el corazón de la madre que desolada había seguido muda, toda la escena, todo el drama que se vivía en el interior de su hija. Varias veces le había negado ese regalo en esos días. La chiquita soñaba con él porque el padre se lo había ofrecido, y en ese momento, al ver desaparecer, al ver en brazos de otra lo que tanto ansiaba para sí, ni una palabra, ni una súplica salió de sus labios; aconsejada por ignorada voz, guardaba silencio para no atormentar á la madre, pero todo su sentimiento y su dolor escapaban en una mirada de infinita tristeza y en una lágrima.

No pudo más, violentamente, temiendo arrepentirse, queriendo huir de la reflexión, penetró al almacén, pidió una muñeca, una muñeca como la otra, la pidió con voz temblorosa, emiando costara más de lo que ella llevaba, pero no. Dios fué propicio, Dios se apiadó de las lágrimas de la niña y del sacrificio de la madre: «Seis pesos,» los tendió, puso el juguete en manos de su hija que esta vez sonreía al tiempo que lloraba; pero lloraba porque en ese momento era la criatura más feliz de la tierra. La madre apenas pensaba en el día siguiente, tanto la dicha de su hija la absorbía.

Julio de 1900.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

## SOL DE SANGRE.

---

Por inmensos caminos solitarios,  
huyendo de ignorados campanarios  
los peregrinos van,—faltos de aliento.  
Y de aldeas siniestras y lejanas  
les saludan, al paso, las campanas  
con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte bajo el sol se dora  
manchado por la sangre de una aurora  
que se teme, á la vez, y que se espera;  
las nubes se amotinan y se empujan  
y como buitres, al huir, se estrujan  
en el espanto de la noche huera.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,  
se abre un abismo en el dintel del beso  
y todo es sepulcral como una luna;  
sólo se oye el rumor sordo y la queja  
de aquella muchedumbre que se aleja  
con fatigas de mar, hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen,  
torvos y extraños sentimientos rigen  
su reflujo fatal hacia la aurora;  
y jadeante, vencida y sin aliento  
se arrastra latigueada por el viento,  
royendo el amargor que la devora.

¡Y mañana al triunfar, cuando derribe  
la absurda sociedad que la proscribiera,  
brillará como un sol á nuestros ojos!  
Sus pupilas extrañas y dementes,  
empapadas en púrpuras ardientes,  
parecerán dos corazones rojos.

Sus manos impacientes de batalla,  
removerán la gigantesca hornalla  
donde alimenta el sol sus encarnados,  
y en la ruda apoteosis del incendio  
la Plebe se alzaré como un compendio  
de todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE.  
(Argentino).

---

## DE KANT A NIETZSCHE

POR JULIO DE GAULTIER.

(CONCLUYE).

Pero el instinto de potencia de Nietzsche, no puede saciarse. Su ascetismo deberá renovarse constantemente. «Tan pronto como se manifieste en el yo, algún instinto gozoso, el instinto de grandeza colocará sobre esa alegría, la contradicción de sí misma como una marcha hacia la altura. . . . Porque el instinto de grandeza, no sube hacia un fin, sino hacia la altura. . . .» Para Nietzsche «la vida es la que debe siempre sobreponerse á sí misma.» Así, cuando ha llegado á la alegría estética, su instinto de grandeza «que alternativamente ha delegado el poder al instinto religioso y después al instinto de conocimiento, va á retirar ese poder al último de sus representantes y á reinar bajo su nombre.» El bien se vuelve entonces, todo lo que puede hacer más fuerte la voluntad. «Toca, pues, á cada uno, crearse su propia moral, es decir, discernir qué actos suponen para él mayor esfuerzo y qué actos son de naturaleza propia para levantarle, con el fin de prescribirse en seguida esos actos. . . . El mismo acto, virtuoso para éste, porque implica contradicción de su tendencia dominante, será vicioso para aquel otro, porque implica en su caso particular una negligencia y una molición.» Es preciso, pues, imitar el *haceos duros* de Zarathustra, como dirigido únicamente á aquellos que, cual Nietzsche, sienten con gran ardor la compasión. Esa compasión es contraria al papel de *filósofo*, que en este último período del pensamiento de Nietzsche, significa hombre de acción, «el que impone al universo una significación nueva, el que trae gustos y colores, el creador de valores.» Pero además, Nietzsche cree discernir en derredor de él esa debilidad, ese pesimismo, esa resignación nihilista que caracterizaban su período de depresión vital. La vida le parece «detenida en un arranque hacia la altura, por la moral cristiana.» Y entonces la «crueldad para con los demás,» no es únicamente una forma de la «crueldad para consigo mismo,» sino un *medicamento* necesario para todo el género humano.

Nietzsche estigmatiza más violentamente que Carlyle, todo endemonismo. Hace de él la doctrina de un populacho vil y una causa mortal para la belleza. Encuentra ese demonismo tanto en la esperanza de las felicidades eternas, como en la renunciación de los místicos. Por eso es, por lo que condena el cristianismo, que de «día en día empequeñece á los hombres, los envilece, los hace más sufrientes y convierte al mundo en una mansión de enfermos» Por eso también, opone «la moral de los amos» con las virtudes que según las épocas, significan *la fuerza*, la bravura, la crueldad, la audacia, la astucia y la inteligencia, á la «moral de los esclavos» que pre-

coniza la sumisión, el perdón de las ofensas y la humildad.

«El esclavo está obligado á invertir todos los valores. No es ya la fuerza que crea el bien; éste existe por sí mismo, y necesariamente consiste en lo contrario de la fuerza, sin lo cual, el esclavo que es el más débil, no podría apoderarse de él.» La virtud no consiste, pues, en precipitarse al combate para conquistar las mejores cosas y sacrificar la vida para poseerlas. Los débiles serían vencidos en ese combate; la virtud consiste en renunciar á las cosas mejores, á fin de que, al renunciarlas, todos puedan en seguida repartírselas *igualmente* para que cada uno posea su pequeña parte. «Tal concepción, que tiende á hacer de manera que la vida vaya siempre bajando y bajando,» parece á Nietzsche la más despreciable de todas.

En otras circunstancias, el instinto de grandeza obligaría á un sistema de virtudes muy análogo al cristianismo. «Aquel, á quien la consideración del dolor ajeno, no detiene en su arranque hacia el poder, la contradicción de sí mismo, medio de grandeza, le ordena la bondad» y Zarathustra exige, en efecto, la bondad del que se ha mostrado «capaz de todas las maldades.» Es preciso, pues, para aplicar la moral del instinto de grandeza á un individuo ó á un grupo humano, considerar ante todo «qué grado de energía vital, es decir, de egoísmo, anima á ese sér ó á esa colección de seres; es preciso en seguida, en la medida de esa valuación, instituir un método propio para retractar la energía sobre sí misma ó desarrollarla contra lo exterior. Eso es lo que forma la inconsciencia de cada pueblo, con la religión que adopta en la época de su juventud.»

Podría considerarse con horror, como un poco demasiado bárbara esa tensión perpetua, ese apetito insaciable y formal de superarse á sí mismo, con las diversas crueldades que engendra y su condenación de todo endemonismo. Pero quizá sería dejarse engañar por la terminología de Nietzsche. Si se evita el considerar como nuevo imperativo categórico, esa «crueldad para consigo mismo;» si se hace abstracción de ese ascenso hacia la altura que por poético ó heroico que parezca, no está en nada conforme con la ciencia; si se recuerda que el placer es un límite que traspasado, es preciso reaccionar, si no se quieren conocer después de las ventajas los inconvenientes de cualquier actividad, pues el pensamiento de Nietzsche, despojado de sus ornamentos líricos, parecerá únicamente conforme al *ne quid nimis* que podría reasumir toda higiene moral.

Pero de cualquier modo que sea, puede reconocerse con Mr. de Gaultier, la eficacia contemporá-

nea de los diversos giros de la filosofía de Nietzsche. La filosofía de la verdad no reconoce al pensador de virtud, más necesario que la conciencia científica, y procura á las consecuencias de la crítica, esa credulidad que les faltaba cuando parecían puramente negativas. La filosofía del conocimiento presenta á los pesimistas con la parábola del arte apolónico, las razones que hay para amar por sí misma la realidad de la vida. La filosofía del instinto de grandeza, en fin, parece propia para tonificar todas las actividades desfallecientes. Sin meternos á investigar hasta qué punto Nietzsche haya sido el juguete de un temperamento frenético, si nos es permitido felicitarnos por el lirismo admirable y la apasionada elocuencia que en él dieron crédito á algunas percepciones puramente científicas.

IV. *El Agnosticismo y la Moral.*—No encontrando ya en la moral ningún fundamento metafísico, de Gaultier, en su importante conclusión, no deja de definir y de valorizar «las metafísicas y las morales desde el punto de vista del conocimiento.» Se ha visto ya que las metafísicas y las morales no pueden salir de un criterio de verdad. Así, pues, sólo las apreciará como realidades y según la eficacia que tengan para instituir una ilusión ó por su utilidad. «Una explicación del universo y la fe que ella exige para satisfacer la inquietud del espíritu, no han faltado nunca á las actividades humanas reunidas en grupos sociales.»

Poseen en el origen «un poder de alucinación proporcionado á su ardor;» entonces nacen los dogmas religiosos que obtienen suficiente crédito para suscitar sacrificios y guerras santas. Más tarde no consideran ya una metafísica más que como «una explicación del Sér, según el voto de un temperamento,» y esta explicación no tiene ya más valor que el de una hipótesis á la que sólo se pide que no sea contradictoria. Es bien sabido que «la cosa en sí, suponiendo que exista, es incognoscible por sí misma.» Pero la hipótesis estética de Nietzsche, la voluntad de Schopenhauer, el nirvana de los Hindous, permanecen siendo legítimos á título de hipótesis.

Esa misma restricción contribuirá á tranquilizar al espíritu clarividente, al que la certidumbre ofrecida en materias que no la conciernen sólo podría acarrear malestar é inquietud.

Y en cuanto á la moral, también es sabido que la filosofía del conocimiento la define como «una actitud de utilidad de un temperamento particular.» El yo, es una colonia de instintos, y estos instintos se disputan el predominio. Tales luchas serían incesantes si no trajesen combinaciones más favorables que otras para la prosperidad de la colonia; esas combinaciones, que representan el equilibrio propio de dicha colonia, se reproducen más fácilmente y se integran por la costumbre, y el proceso de la moral individual es, según eso, el mismo de la formación de todo órgano. De ahí resultaría la legitimidad teórica de las morales más diversas. Pero en realidad el número de morales individuales, es extremadamente limitado. Los «creadores de valores» son raros; y la vida social con la educación, sin hablar de los tribunales, tienden á uni-

formar la moral, fortificando en lo exterior una parte de los instintos de cada yo; también es el respeto de la moral social el que en los individuos domina siempre á los demás instintos. Esa moral social se forma exactamente según el proceso antes indicado, es el ritmo más favorable para la prosperidad del grupo social que, cuando lo encuentra y lo formula un «creador de valores,» se integra generalmente bajo la forma de una moral religiosa. Pero individual ó social, la moral inventa siempre las ficciones que la hacen ser aceptada por espíritus menos científicos. Las cosas son solamente un poco más complicadas en la moral social. Pero en uno y en otro caso las ilusiones principales son la creencia en la libertad, en la que se fundan las nociones de deber y de responsabilidad y en la verdad que disimula el principio de odio, lo que constituye la única diferencia. Bajo esas ilusiones el conflicto de instintos es idéntico al de todas las tendencias naturales; en realidad el remordimiento y la satisfacción de conciencia, el sentimiento de lo justo y de lo injusto, sólo expresan el alejamiento á la proximidad del ritmo más favorable á la fisiología interesada.

Las ficciones que inventa la vida, no pueden sorprender al filósofo que considera la *no verdad* como la condición de la vida. De eso se deduce únicamente que la vida tiene otras leyes además del conocimiento. Lo que es esencial á sus ojos, es el hecho de que toda moral se desarrolla espontáneamente como una actitud de utilidad propia para una fisiología individual ó social. «Cuando un grupo social ha sobrepasado la época en que es apto para producir el fenómeno religioso, el principio moral que encierra todavía, se objetiva por una parte en el traje y se expresa y se traduce también en la obra literaria; sin el concurso de ficción ninguna, una sensibilidad fuerte y nacional, interpretada de una manera superior el ideal común á los individuos de un mismo grupo, á manera de una sugestión en un medio propicio, obra directamente sobre otras afinidades análogas para fortificarlas, exaltarlas ó afinarlas.

He ahí lo importante para todo verdadero agnóstico, que enteramente desprendido del prejuicio religioso de la verdad, considera la moral como una ciencia de observación y el fenómeno moral como un fenómeno de utilidad. «Sabe que la moral del grupo humano de que participa, es una actitud de utilidad propia para la fisiología de ese grupo. Poco importa, pues, que la religión se manifieste en el traje y en los más intelectuales, se formule en conciencia científica.» Lo que importa es no dejar comprometer la vitalidad del grupo por el aporte de elementos extraños, capaces de modificar su actitud. «Todos los espíritus científicos saben que la religión es un hecho fisiológico, de manera que un pueblo que se deja imponer la religión de otro pueblo, es un pueblo vencido por otro en su intimidad fisiológica.» Sólo, indemne de todo prejuicio religioso, el que ha tenido conciencia científica de las actitudes de utilidad de la raza, deberá, pues, cuidar que la religión particular, adoptada por la raza en la época en que ha hecho su fermentación religiosa, siga siendo religión de Estado la ofreci-

da á todos aquellos cuyo cerebro está conformado de manera que puedan encontrar todavia en la ficción religiosa el alimento moral, particular á la raza.» Y de la misma manera «el grupo más intelectual de toda sociedad,» estará obligado, puesto que considera no una verdad quimérica, sino la utilidad á preconizar en esa sociedad, la conservación del traje, de la literatura y de la lengua «que se han desarrollado en la colmena fisiológica en virtud de una ley natural, superior á toda lógica verbal.» La excelencia, en fin, que todo pueblo atribuye á su propia concepción moral, es una forma de la universal ilusión de la verdad; y en eso, más que en otra cosa, en razón de la importancia de los intereses en juego, hay que felicitarse por la ilusión que tiene por efecto fortificar la raza en la actitud de utilidad que corresponde á su fisiología.

Tal es la moral práctica de Mr. de Gaultier. Lo que agrega á la moral teórica ó científica que reconoce ya la utilidad de lo *no-verdadero*, es solamente la voluntad de obrar con utilidad. El autor se contradeciría á sí mismo, si presentara su moral como *verdadera*. Estrictamente la cree *eficaz*, para provocar hoy la actividad de la energía social; y porque puede «inspirar confianza á lo escogido de la humanidad,» le parece la más apta para

asegurar las realizaciones nuevas y curiosas del fenómeno Vida.» Este es el punto de vista del conocedor para quien la vida es un espectáculo. Pero ya se ha visto que la conciencia científica aplicada á las especulaciones sobre el conocimiento, no autoriza ningún otro punto de vista; se observará nada más la concordancia práctica de esas conclusiones con las de toda moral social. Se reconocerá, pues, con Mr. de Gaultier, bajo el beneficio de una reserva anunciada ya, que Nietzsche, al enseñar el valor de lo *no-verdadero*, pudo, sin abandonar los derechos de la razón, «reconciliar por un tiempo el instinto de conocimiento con el instinto vital.» Y en cuanto al libro de Mr. Gaultier, del que hemos descuidado muchos detalles importantes, hay que confesar que no se encuentra muy á menudo una dialéctica tan libre ni una moral tan conforme con el espíritu científico. No podemos tampoco pasar por alto la *tenue* literaria, siempre que el autor cesa de discutir á los técnicos; abandona su jerga filosófica para escribir en francés y multiplicar las imágenes expresivas. Y por eso también le debemos diversos placeres muy vivos, que los metafísicos acostumbran dispensar con excesiva parsimonia.

Trad. de la *Revista Moderna*.

LUCIEN MOREAU.

---

## LA CABELLERA.

---

(PARA JULIO RUELAS).

Frente á su ventana y de cara al ocaso escribe el poeta. Llena los lustrosos pliegos de versos rotundos y cincelados, y los tupidos renglones de tinta negra, alineados como las rayas de una pauta, dejan adivinar estremecimientos armoniosos. A cada idea brillante, á cada sentimiento generoso se ilumina ó se sacude, y la idea y el sentimiento, después de palpar en la pluma, caen sobre el papel como un rayo de luz de su cerebro ó una gota de sangre de su corazón.

Porque el poeta siente más que todos; sus nervios son más sonoros y más sensibles, y el dolor, como el placer, arrancan de ellos, como de melodioso violín, notas de inmensa angustia ó acordes de soberana dicha. Todos los deleites del amor, todas las ansias de la juventud, todas las miserias y todas las podredumbres los sabe esculpir en el mármol de la lengua, y en él los deja inmovilizados y perpetuados como una Venus de majestuosa actitud, ó una Psiquis celestial, ó un desesperado Laoconte.

Por la ventana abierta entra el martirio del crepúsculo: el crepúsculo que parece la sonrisa de un cadáver y que, como una lápida de sombra, pesa sobre el corazón. El sol, redondo y sangriento, se hunde; el aire tiembla y los templos alzan los brazos desolados de sus torres, quejándose en la voz

de sus campanas. Las mujeres en los balcones sueñan, y dejan caer afuera sus cabellos como un pabellón de luto.

Y aquella pesadumbre en su ánimo sensitivo se agranda. Siéntese el poeta asfixiarse en su cuarto y sale á divagar su pena por las calles. Se pierde en los barrios de la ciudad, ve á los limosneros, á los trabajadores, á las meretrices; mira de cerca toda la infelicidad y toda la desesperación, y lleno de amargura piensa en la Patria, que al través del misterio de la raza y la herencia reproducirá indefinidamente el retrato de esos miserables....

Quiere olvidar, quiere no oír tantas blasfemias y tantos gemidos, y va á una taberna. Y allí bebe, bebe insensatamente, y el prestigioso alcohol prende en su cerebro todos los candelabros de Santa Sofía. Enardecido por su embriaguez divina ve irizarse su sueño en el ópalo del ajenjo, mira surgir su esperanza del esmeralda del Chartreuse, sonríe á su ilusión bellísima tras el velo de oro del cognac, se siente lleno de placidez bebiendo cerveza, y otra vez se pone triste besando á Loreley en el vino del Rhin.

Más tentador que el ruido de una orgia, más sugestivo que la música, al llegar á una esquina oye un sonido argentino y vibrante de moneda.

Y entró á jugar.

En medio de la claridad deslumbrante vió agrupados en torno de una mesa, como en un banquete, á los jugadores; pálidos ó distraídos ó desesperados; éstos con la mirada extinta, aquéllos furiosos; los talladores, impasibles é indiferentes, como verdugos.

¡Oh la fiebre vertiginosa del Juego! El la sufrió, lo contagió, lo transfiguró; más que todos los licores embriagó sus sentidos y lo hizo delirar. El implacable vicio restiraba hasta el tormento sus sobreexcitados nervios, y á cada golpe de ganancia ó de pérdida vibraba histéricamente su organismo. Allí estaba el demonio del Juego atizando la codicia que se apagaba; sosteniendo la esperanza que desfallecía; atormentando á todos aquellos condenados con el filo de sus Espadas agudísimas y tendiéndoles como un filtro de locura el vino de sus Copas desbordantes; fascinando á los que vacilaban con el brillo de sus Oros irresistibles, y moliendo las espaldas de todos con sus Bastos inquisidores.

Cuando el poeta perdió su última moneda se levantó.

¿En dónde ahogaría su disgusto? Aquella náusea de la vida, que le subía desde lo más hondo de su sér, ¿con qué manjar sabroso la perfumaría? ¿A dónde estaba la fuente de agua clara para apagar su sed? La infinita misericordia que sentía por el infortunio, ¿de qué servía á los desventurados? Si tuviera fe....

Se encaminó á la casa de su amada que todas las noches lo esperaba en el balcón, y antes de llegar vió flotando su cabellera como un signo trágico; parecía el vuelo pavoroso de un cuervo; se asemejaba á la bandera de un buque hundido; quién sabe qué de inmensamente triste y desoladamente lúgubre veía en sus marejadas turbulentas.

Subió al balcón junto á la amiga tentadora. Y la cabellera lo atraía y lo aterrorizaba á la vez como un peligroso imán; la acariciaba, jugaba con ella; la extendía sobre la espalda antigua; la dejaba correr como un río, como un río tenebroso y de aguas encantadas; y cual si fueran flores, comenzó á deshojar sobre ella sus sueños, que flotaban y se hundían luego en la cascada de ébano; y sobre aquella corriente bituminosa, deslizándose sobre las ondas terribles, vió la barca de Aqueronte, cargada con los infelices que iban al Infierno.

Se dirigió al lecho. Quería ahogar en una noche tempestuosa de locura y de amor su desesperación; deseaba entorpecer su cerebro y cansar sus senti-

dos en la voluptuosidad. Y bebió las miradas fascinadoras como un tósigo de cantáridas, y besó la carne de la Anadyomena, pulida y todavía con el sabor salado del agua del mar, y apuró en la copa de Alejandría de la boca jugosa todo el falerno de la voluptuosidad.

Al día siguiente él primeramente despertó; su amada, pálida como el alba que entraba por la vidriera, dormía pesadamente; había muchos cadáveres de rosas en sus mejillas, y en sus ojos muchas natividades de violetas. Aquella mujer, blanca como una estatua, de actitudes armoniosas como un ritmo, perfecta como un verso, lo había hecho olvidar; pero, ¿qué sentimiento nuevo le había hecho conocer? ¿Qué fuerzas generosas le había transmitido? Había ahuyentado sus ideas malsanas, pero, ¿cuáles otras, bellas ó redentoras, le había sugerido? Ninguna.

Aquel reposo era la laxitud del organismo, su sueño sin pesadillas y sin sobresaltos era obra sólo del cansancio físico; y cayendo de la cabeza de su amada vió la cabellera, la fatídica cabellera undosa y desordenada como un bosque enmarañado por los tigres. Hundió sus dedos en el toisón luctuoso, lo ordenó, alisó las largas hebras de ébano enredadas; extendió el obscuro terciopelo sobre los hombros de mármol; dejó desbordarse el torrente de ébano; vió á través de sus linfas los senos como dos rocas deslumbrantes.

¡Si se pudiera ahogar en aquellas aguas! Y la lujuriosa cabellera se torció entre sus manos hábiles, se torció como una víbora, le dió miedo, la volvió á torcer, la desplegó como un manto, la sacudió como el follaje de un sauz, la torció de nuevo, y de nuevo se le figuró una víbora; la estiró, así se asemejó á una soga, y se la enredó al cuello, horrorizado, pensando en las traidoras ondas, imaginando una presión invencible, mirando la horca.

Y ¿por qué no? ¿Qué era para él la vida? Un martirio, una bebida amarga, la cicuta apurada gota á gota. El único instrumento de placer que había en contrado era aquella lira viva, que había vibrado de amor bajo su mano vencedora; pero si se rompía mañana, ¿qué haría?

Y en sus manos retorciase la cabellera, siniestra, trágica, tentadora. Entreabrióse la boca de la bella amante dormida; temió que despertara, y ese temor lo decidió: anudó la cabellera en torno de su cuello y la apretó, la apretó furiosamente, hasta estrangularse con la cuerda de azabache.

EFREN REBOLLEDO.

DON ESTEBAN CORONADO.<sup>1</sup>

Acabamos de ver cómo un joven ingeniero de minas se convirtió, al mirar los males de la patria, en caudillo denodado que afronta los mayores peligros y que no cesa de combatir sino cuando cae herido por la bala de un enemigo emboscado. Veamos ahora de qué manera conquista renombre en la carrera militar un abogado que parecía llamado á la tranquila y sosegada vida del jurisconsulto, que fué la de su predilección en sus mocedades.

Estas transformaciones, inesperadas é incomprensibles para los que no se han detenido nunca á estudiar los fenómenos sociológicos, ponen de resaltado que la teoría espenceriana sobre *el grande hombre*, expuesta en la «Introducción á la ciencia social,» si bien no encierra una verdad absoluta, si está en lo cierto al asentar que los hombres que contribuyen á la evolución de los pueblos son generados por un conjunto de circunstancias: el medio, el período ó momento histórico en que actúan, y también,—agregamos nosotros para precisar la idea y facilitar su inteligencia—por la corriente irresistible de las aspiraciones generales, y por el ejemplo.

La fe inquebrantable de Juárez, en el triunfo de la República, su constancia á prueba de todos los desastres, su serenidad nunca turbada ni en medio de los mayores peligros, su decisión de morir en la demanda antes que abatir la bandera de la patria frente á las águilas imperiales, esa fe, esa constancia, esa serenidad y esa resolución firmísima, robustecieron los sentimientos levantados de mil y mil mexicanos, y los guerreros se multiplicaron, y los que caían eran al punto mismo reemplazados por otros, y el agricultor y el abogado, y el ingeniero y el comerciante abandonaron sus habituales tareas y pusieron su brazo al servicio de la causa nacional.

A Juárez, al *grande hombre*, lo formaron las luchas por la libertad y el progreso en la epopeya de la Reforma, y los que en la defensa nacional le siguieron y pelearon, nacieron al soplo de la más terrible de las tempestades que han conmovido á México independiente, y se hicieron grandessiguendo el noble ejemplo del patricio.

No de otra manera conquistó México, en el primer tercio del hoy moribundo siglo XIX, su independencia, merced á las virtudes cívicas de sus libertadores, según hemos procurado demostrar en los capítulos relativos á personajes de aquella época; y como las enseñanzas de la historia determinan, más tarde ó más temprano, las acciones de los hombres, es innegable que el ejemplo dado por los héroes de la Independencia, héroes que en su mayor

parte se iniciaron en el arte de la guerra al estallar ésta, y abandonando para ello el género de vida que hasta entonces habían llevado, es innegable, decimos, que ese ejemplo fué seguido por Juárez y por los que con él figuraron en las luchas por la Reforma y por la libertad, entre los cuales ocupa lugar muy prominente el Sr. Lic. y General Don Estéban Coronado.

Pero antes de referir cuáles fueron las acciones del ilustre hijo de Chihuahua, séanos permitido el intentar desvanecer un prejuicio erróneo—llamarémosle así para no herir con otro calificativo á aquellos de quienes procede, y que como dogma lo enseñan y difunden. La digresión es excusable, porque no es del todo inoportuna.

Cuando con espíritu justiciero se reconoce y admira el pasmoso desenvolvimiento que México ha alcanzado en las dos últimas décadas del siglo, los pesimistas, los que con nada se contentan, los que niegan toda grandeza si ellos no la han procurado ó de ella no son partícipes directos, oponen á los razonamientos más sólidos y á los hechos mejor comprobados una observación que á primera vista parece irrefutable, y es la de que la paz que tanto se preconiza es enervadora, porque si bien los adelantos materiales no pueden negarse, en cambio á la sombra de esa paz no se forman y desarrollan los grandes caracteres; es decir, que no aparecen ni guerreros capaces de reemplazar á los que por la libertad y las instituciones combatieron con indomable brío, ni es el parlamento escuela de eximios tribunos y oradores, ni en el periodismo se adiestran escritores de combate, ni á la actual generación la inspiran sino el ansia de riqueza y la ambición de escalar las alturas, sean cuales fueren los medios que para lograrlo han de emplearse. Ese es el cargo con que se pretende abrumar á los que ven con entusiasmo la evolución que en los postreros años del siglo ha cambiado el modo de ser de la República.

Pues bien, sin recurrir á las enseñanzas que se desprenden de la vida de otras nacionalidades, en la propia historia nuestra encontramos,—y de ello nos da elocuente testimonio el personaje á quien este capítulo está consagrado,—que cuando las circunstancias lo requieren, los pueblos producen soldados heroicos, tribunos que inflaman con sus arengas, publicistas que hacen la luz en las conciencias, y, para decirlo en una sola frase, que la honra de la patria, la estabilidad de las instituciones, la libertad y la autonomía de México no peligran, porque la nación disfruta de un período que todos debemos bendecir, y en el cual no hay necesidad de invocar tan sagrados nombres. El acrecentamiento de la riqueza pública, lejos de aflojar los lazos que unen al ciudadano con el suelo santo de la patria, los estrecha más y más. Se necesita no conocer el

<sup>1</sup> Estos apuntamientos biográficos forman el capítulo XXII del libro que nuestro amigo D. Francisco Sosa acaba de publicar con el título de LAS ESTATUAS DE LA REFORMA.—N. de la R.

corazón humano para no comprender todo el alcance de esta verdad. El que nada posee, el que vegeta en obscura medianía y el que no tiene hogar, no ven una amenaza para sí cuando un conquistador intenta apoderarse del país, cuando un bando pretende hacer retrogradar á la nación. En las épocas en que en los pueblos florece el trabajo y se acumulan riquezas que proporcionan el bienestar suspira en días de penurias y de perturbaciones, en esas épocas los pueblos se hacen conservadores en la significación más noble del vocablo: conservadores de la libertad, conservadores de sus hogares, y antes que perder bienes tan supremos derraman hasta la última gota de su sangre.

Mas no debemos abusar de la benevolencia del lector, y aunque con la deficiencia á que nos condena la falta de ciertos datos que en vano hemos procurado obtener, hablemos de la vida del patriota Gral. Coronado.

En el Mineral de Jesús María, en la Sierra Madre (Chihuahua), nació allá por los años del 32 al 34, pues sabemos que en el de 48 terminó en el Instituto Científico del Estado el estudio de la filosofía, y se trasladó en seguida á la Capital de la República para hacer los cursos del derecho, recibiendo aquí, en 1856, el título de abogado, y obteniendo el nombramiento de Juez de Distrito de Chihuahua á donde regresó con tal motivo.

Comisionado en Septiembre del mismo año para pronunciar una oración cívica en las fiestas patrias del 16, se expresó con tal vehemencia en contra de la administración pública, que fué reducido á prisión y conducido luego por una fuerte escolta del 25° de caballería, fuera del Estado.

Iba así, cuando al penetrar al Estado de Durango puso en juego la intrepidez y astucia que le caracterizaban, para obtener la libertad. Fué el caso, que promovió y costeó un baile al que concurrieron los jefes que le custodiaban, los cuales se embriagaron á tal punto, que, al despertar, el prisionero estaba ya á algunas leguas de distancia con dirección á la Capital de la República.

Antes de pasar adelante, debemos referir uno de los episodios de la agitada vida de Coronado, episodio de su ardorosa juventud, que dió la medida de la alteza de sus sentimientos patrióticos y del temple de su alma para afrontar los mayores riesgos.

Era colegial en el año de 1848 cuando el ejército norte-americano hizo su segunda invasión al Estado de Chihuahua, gobernado á la sazón por el Gral. Don Angel Triás. Una junta de guerra acordó que la primera autoridad y las tropas se retiraran á la ciudad del Parral, en atención á que sólo se contaba con 300 guardias nacionales y escaso material de guerra. Al llegar al pueblo de Santa Cruz de Rosales, fueron alcanzados por un regimiento de dragones americanos que á poco fué reforzado por un batallón de infantería y 14 cañones, estableciendo con tales elementos un sitio en forma. El joven Coronado, conducido por un buen guía, se cercioró de las posiciones del enemigo y pasó la línea para penetrar á Santa Cruz, perseguido por 26 dragones yanques que hicieron fuego sobre él, por dicha inútilmente. Ocioso parece decir que fué recibido con

entusiastas aclamaciones por los sitiados y muy especialmente por el Gral. Triás que le estrechó entre sus brazos y le confirió el grado de Teniente en su Estado Mayor. Abrumada por la superioridad numérica de los americanos y por sus poderosos elementos de guerra, la fuerza mandada por el Gral. Triás sucumbió al fin, mas no sin haber quemado antes hasta el último cartucho. Y como *también cabe la gloria en el vencido*, según la frase del poeta, Coronado participó de esa triste gloria, pero gloria al fin, al iniciarse en la carrera de las armas que más tarde le ofreció inmarcesibles laureles.

Reanudando en orden cronológico nuestro relato, diremos que durante la permanencia en México del Sr. Coronado, se verificó un cambio en el gobierno de su Estado natal, pasando el poder de manos del Sr. Palacios al del honorable Sr. Ochoa, y entonces ya sin dificultad alguna pudo regresar el proscripto á su hogar.

En el siguiente año, 1857, el partido conservador de Chihuahua, instigado por los parientes de D. Félix Zuloaga, se pronunció en favor del golpe de Estado, viéndose obligadas las autoridades liberales y los hombres que les eran adictos, entre ellos el Lic. Coronado, á ponerse en salvo. No fué, sin embargo, duradero el triunfo de la reacción, pues muy pronto los pueblos del Estado acudieron al llamamiento del Gobernador para restablecer el orden constitucional. Las tropas, al mando de Coronado, pusieron sitio á la capital, no obstante la falta absoluta de artillería, supliéndola con excelentes rifles. Los sitiados, á los que prestaba aliento la superioridad en número y en armas, no esperaron el ataque y salieron al encuentro de Coronado con dos cañones que en breve les quitó éste y con ellos estrechó el sitio que no tardó en terminar, pues tras un combate reñido cayó la plaza en poder de los constitucionalistas, y todos los reaccionarios quedaron prisioneros.

Restablecida la paz pública en Chihuahua, Coronado organizó una columna de voluntarios para dirigirse sobre la plaza de Durango que sitió y tomó á viva fuerza. Aumentada la suya, así como su material de guerra durante su administración interina, salió violentamente de Durango para ir en auxilio de Vidaurri, pero éste fué derrotado por Miramón en Aqualulco antes de que Coronado llegase á protegerle.

Entonces marchó á Jalisco y cooperó con sus tropas, á las órdenes de Don Santos Degollado, á la toma de Guadalajara. En Tololotlán derrotó á D. Leonardo Márquez, y brilló por su comportamiento en el combate de Juanacatlán. En Atequiza luchó heroicamente, contando sólo con 600 hombres, contra el brillante ejército de Miramón; tomó en seguida á Irapuato, expedicionó con grande éxito por Zacatecas; internóse de nuevo á Durango; bajó por la Sierra Madre á Sinaloa, salió vencedor en *Los Mimbres* y tomó parte principal en el asalto de Mazatlán.

Incansable batallador, hijo predilecto de la victoria, defensor ardentísimo de los principios políticos que profesaba, una vez que terminó las expediciones militares de que acabamos de dar somera noticia, tomó el camino de Tepic á la sazón ocupado y

fuertemente guarnecido por el funesto cacique Lozada, sitiólo y libró á diario reñidos combates.

Fueron los primeros días del mes de Noviembre de 1860 los últimos de la fulgurante carrera del Gral. Coronado. Oigamos cómo los refiere el joven escritor sinaloense Gaxiola, en una de sus extensas monografías históricas:

«Al avistarse—las fuerzas reaccionarias y las liberales,—simultáneamente hicieron fuego seis piezas de artillería que estaban situadas por la entrada de Guadalajara y en la Cruz. Los reaccionarios atacaron con impetu y el fuego se generalizó toda la noche: al amanecer del día 2 se retiraron los agresores, situándose en la loma de la Cruz, en el camino de Puga y delante de la Alameda. El tiroteo continuó todo el día y los siguientes, hasta el 5, y, desgraciadamente para los liberales, el Gral. Coronado fué herido en una pierna, después de que con su Estado Mayor *se batió durante doce horas, perdiendo dos caballos y recibiendo durante la refriega algunos balazos en el sombrero y en la ropa.* Inmediatamente se procedió á reconocer la herida del ilustre General y los médicos le dijeron que conservando la pierna podría quedar hábil para dirigir la campaña después de una curación de seis meses; pero que amputándola bastaba un mes de atenciones para que pudiera seguir mandando su división. Después de reflexionar un momento, dijo: *Mi pierna le hará falta al Gral. Coronado, pero mi tiempo le hará falta á la Patria.* Y apenas había pronun-

ciado estas nobles palabras cuando ordenó que se procediera á la amputación. Desgraciadamente la amputación no tuvo éxito, pues víctima de ella sucumbió el ilustre soldado de la Reforma, siendo sepultado su cadáver en la capilla de los Dolores.»

Con su muerte reinó la confusión y el desorden en las filas liberales, y el día 6 del próximo Noviembre capitularon, perdiéndose así una brillante división. ¡Tan amargos son los contrastes de que está sembrada la existencia del hombre! El caudillo afortunado murió precisamente cuando se dibujaba en el horizonte el laurel que debía ornar la frente de los héroes de la Reforma después de la victoria de Calpulálpam que dió término á la guerra de Reforma el día 22 de Diciembre de 1860.

El Gral. Coronado era,—nos dice su conterráneo el Sr. D. Ignacio Gómez del Campo, á quien debemos muchas de las noticias que nos han servido para escribir estos apuntamientos,—de carácter franco, festivo á la vez que enérgico, de buenos sentimientos, patriota y liberal; era uno de esos hombres que fascinan con su presencia y su palabra, que arrastran á las multitudes á su lado.

Valiente, aventurero, duelista, gran tirador de pistola, apunta el Sr. Gaxiola que era, y agrega que sus enemigos le *suponían* instintos feroces; pero que esa suposición era gratuita, apasionada, nos lo enseña la historia que ha recogido en sus educadoras páginas los hechos todos del ilustre hijo de Chihuahua.

FRANCISCO SOSA.

## EL GRAN POETA DEL PORVENIR.<sup>1</sup>

Señoras y señores:

El mismo asombro que experimentó el viejo Dux de Génova al visitar Versailles, se apodera hoy de mí, y me pregunto atónito, si soy yo efectivamente quien se atreve á aparecer ante un público francés, para dirigirle la palabra en esa lengua de tan poderoso encanto; en esa lengua, de la que Renan decía, que le serviría para salir hasta del infierno; pero que á mí me hace presentir todo lo contrario.

Debo advertir que no es la ambición de gloria, sino la conciencia de un deber muy elevado, lo que aquí me trae desde la tranquila y pequeña ciudad de allende los Alpes, en donde mi existencia se desliza en sombra carísima y adonde fué á buscarme amable invitación.

Mi obra toda se encuentra arraigada á una concepción del mundo y de la vida, que tiene penetrado mi sér. Desde mis ensayos literarios hasta mis ensayos filosóficos; desde mi primer poema hasta mi última novela, todo cuanto ha salido de mi pluma, está fuertemente coloreado, puedo aseguráros, con la sangre de mi corazón, en el que las

ideas, lenta y largamente elaboradas por el pensamiento, el estudio y la vida, han penetrado poco á poco, se han fundido en mis amores, los han llegado á hacer razonables y son para mí apasionados.

La edad y la desgracia, al aminorar el valor de todo lo demás, ante mis ojos, no han hecho más que aumentar mi abnegación hacia ellas y darles el carácter de un deber absoluto. Están estrechamente ligadas á verdades tan altas por encima de mí, tan inquebrantables por sí mismas y en mi espíritu, que después de haberles consagrado mi obra de escritor, me siento enorgullecido y feliz al considerarme su servidor inútil.

No podía pues, dispensarme, puesto que la ocasión se me ofrecía, de venir á atestiguarlas ante vosotros y lo haré como artista; rendiré homenaje á lo que creo ser ley suprema del Arte, completamente independiente en su principio de las voluntades humanas y cuya acción es visible tanto en lo porvenir como en lo pasado. También os hablaré casi como testigo de lo futuro, aun cuando sepa bien que mis palabras, desprovistas de encanto y de autoridad, están destinadas á desaparecer dentro de algunos instantes, bajo la oleada de nume-

<sup>1</sup> Conferencia dada en la Sociedad de conferencias de París, el 8 de Marzo de 1898, por Antonio Fogazzaro,

rosas corrientes, que ruedan sin cesar en medio de vosotros. Nombres nuevos é ideas nuevas mézclanse en vertiginosa rapidez, sin bastar á la tarea de satisfacer con bastante prontitud las curiosidades y los desdenes de la gran ciudad que desempeña en el organismo de la sociedad humana el papel de un centro nervioso dominador y poderoso.

Pero hay algo más. Mis canas os revelan que conocí en mi país las emociones de días inolvidables, de los que encuentro aquí nombres gloriosos. He me llegado á la edad en que toda impresión reciente se borra pronto de la memoria y deja al descubierto recuerdos lejanos, que parecen acercarse á nosotros y dar nueva claridad á nuestro espíritu.

Los recuerdos de mi primera adolescencia me dictaron mi última novela y esos mismos recuerdos hablaron en mí, para acudir al llamado de mis colegas, á pesar de los temores muy fundados que tengo de ser inferior para la tarea que me proponían.

Al hablar de los recuerdos de mi adolescencia, no aludo nada más á los acontecimientos políticos de la época. Hay en mi pasado lazos muy personales con Francia. No puedo nombrar sin conmoverme profundamente al poeta de las *Memorias de ultratumba* y al poeta de las *Contemplaciones*. Con Leopardi, Foscolo y Heine, fueron la adoración de mis primeros años.

Niño aún, viví mucho tiempo del ensueño en el castillo de Corbourg y en las riberas de San Malo; niño todavía, me sentí turbado, fascinado por la visión repentina de las almas de las cosas evocadas por el solitario de Jersey, me sentí embriagado con el hálito poderoso que ruge en sus estrofas sonoras, que parecen haber conservado el eco de las grandes voces del viento y del mar.

La gloria de Chateaubriand y de Hugo, habrá podido palidecer desde entonces, creo que eso no puede justificarse á pesar de las imperfecciones de uno y otro; pero si así fuese, me creo también tanto más obligado para rendir aquí el homenaje de mi gratitud á esos grandes maestros del pasado, cuyos nombres es bueno recordar, cuando voy á hablar de un maestro del porvenir.

## I

Un ilustre italiano, á quien mis compatriotas han concedido desde hace tiempo el primer lugar entre los poetas vivos de Italia, escribió hace algunos años, en un momento de mal humor, que los días de la poesía estaban contados. Desgraciadamente no es esa la opinión de los poetas pequeños que surgen en multitud y sécanse pronto por doquiera.

El fenómeno no es nuevo, pues data por lo menos de los tiempos de Cátulo y de Horacio que se quejaron mucho; pero nos interesa por su intensidad que, casi no parece concordar con las inclinaciones y preocupaciones más visibles de nuestra sociedad moderna, tan enamorada de la ciencia, tan ávida de bienestar material, tan trabajada por la acción de

las doctrinas formidables que se encarnizan en su base. El hecho subsiste sin embargo. Si se tratara nada más de un hormiguero de microbios poéticos, podría creerse que la siniestra predicción de Carducci iba á ser cumplida por ellos; pero eso no es así. La avalancha de gusanos efímeros que invade sin cesar las oficinas de los editores y las redacciones, no puede ocultarnos la producción vital de los maestros, cuyos nombres están ya inscritos en el Libro de Oro de la poesía moderna.

Y aun entre los jóvenes, hay muchos, felizmente dotados, de quienes se puede esperar que pronto ocuparán el lugar de sus afortunados precursores. En cuanto al público, no puede decirse que desdeñe la poesía por la novela ó por el drama. Se aleja gustoso de los poetas que lo tratan en *profanum vulgus* y que se encierran en torres de marfil, para trabajar allí secretamente en joyas de las que nunca comprenderá el precio y de las que hasta se burla algunas veces. Pero se deja con frecuencia arrastrar por los maestros que lo buscan y tienen la ambición de dominarlo, por los que le hablan de lo que interesa, en vez de hundirse en vagos ensueños ó en divertirse en sabias combinaciones de palabras con el fin de desplegar una habilidad puramente técnica.

No, los hechos no nos dicen que la divina llama que alumbró la marcha de toda civilización esté pronta á extinguirse. Podría llegarse *a priori* á la misma conclusión, oponiendo sólo á la movilidad de la comunidad social, la estabilidad de la naturaleza humana. Cuando la división de las funciones sociales apenas estaba bosquejada, el poeta, representante supremo de la inteligencia, pudo reunir en sí las funciones de doctor universal, de legislador y de oráculo y ser adorado como semidios ó por lo menos venerado como sabio.

Hoy, no se les pide precisamente á los poetas que sean oráculos de sabiduría, admira que se mezclen en filosofar ó en legislar y que la echen de moralistas, aun cuando se haya conservado por atavismo el culto á los grandes poetas del pasado, que se citan con amor.

Pero la naturaleza humana no ha cambiado, la sensibilidad poética no se ha debilitado en el individuo moderno, sino que se ha localizado más y más. No diré que ella haya perfeccionado su órgano; pero hay que admitir, sin embargo, que cierta concepción moderna de la belleza poética, muy defectuosa sin duda, ayuda á hacerla más delicada. Pero la observación de los hechos intelectuales y morales siempre es difícil. Sus percepciones conservan necesariamente una huella tan personal, que hasta el observador se siente algunas veces turbado por el temor de haber analizado esa materia en su laboratorio interior, sin suficiente desinfección de los instrumentos que podrían conservar, polvillo peligroso de prejuicios, ó algún germen vivo de preconcepciones ocultas é inconscientes.

(Concluirá).